

Pauline A. Chen

EL
ENSUEÑO
del
PABELLÓN
ROJO

Una fascinante saga familiar en la China del siglo XVIII,
basada en un clásico de la literatura oriental

Traducción:

ÁLVARO ABELLA VILLAR



MAEVA

«Y así, enfrentado a la muerte auténtica y a este nuevo cavi-
lar sobre los hombres, dejé a un lado mis esbozos y mis vacila-
ciones y me puse a escribir a toda prisa sobre Jack y su jardín.»

V. S. NAIPAUL, *El enigma de la llegada*

Dedicado a la memoria de

BIH-JAU CHEN

6 DE OCTUBRE DE 1939, TAIPEÍ, TAIWÁN

10 DE JUNIO DE 2008, PORT JEFFERSON, NUEVA YORK

Nota de la autora

*E*l *ensueño del pabellón rojo* se inspira en el libro de Cao Xueqin *Sueño en el pabellón rojo*, novela del siglo XVIII reconocida generalmente como la obra de ficción más importante en la tradición literaria china. Sin embargo, la obra maestra de Cao es prácticamente desconocida entre el público occidental, debido quizá a su abrumadora extensión (dos mil quinientas páginas) y al complejo elenco de personajes (más de cuatrocientos). Mi libro, *El ensueño del pabellón rojo*, no pretende permanecer fiel al argumento del original, sino que es una recreación de las vidas interiores y las motivaciones de los tres personajes femeninos principales. En un mundo en el que las mujeres carecían de poder y se veían enfrentadas unas contra otras debido al sistema del concubinato, estos personajes resultan fuertes e inolvidables y establecen unos vínculos entre ellos que trascienden la rivalidad sexual. Además, como a tantos lectores, me obsesionaba la sensación de que la obra estuviese inacabada: el final original de Cao se perdió y, tras la muerte del autor, se añadió un nuevo desenlace escrito por otra mano. Lo que sigue a continuación es mi intento de concluir la historia, al mismo tiempo que rindo un homenaje a esta apreciada obra de arte y la comparto con un público más amplio.

Personajes principales

FAMILIA LIN

DAIYU, hija de un funcionario de Suzhou.

MIN, su madre.

RUHAI, su padre.

FAMILIA JIA

BAOYU, consentido heredero de la familia Jia, primo de Daiyu.

ZHENG, su padre.

LA DAMA JIA, su abuela (conocida también como la Anciana Dama).

ZHU, hermano mayor de Baoyu, ya fallecido.

LIAN, primo de Baoyu.

HUAN, medio hermano de Baoyu.

WANG XIFENG, esposa de Lian.

PING'ER, doncella de Wang Xifeng.

«LAS DOS PRIMAVERAS»: TANCHUN, medio hermana de Baoyu, y Xichun, prima de Baoyu.

YUCUN, funcionario prometedor y pariente lejano de la familia Jia.

FAMILIA XUE

SEÑORA XUE, cuñada viuda de Jia Zheng que vive con la familia Jia.

BAOCHAI, su hija.

PAN, su disoluto hijo.

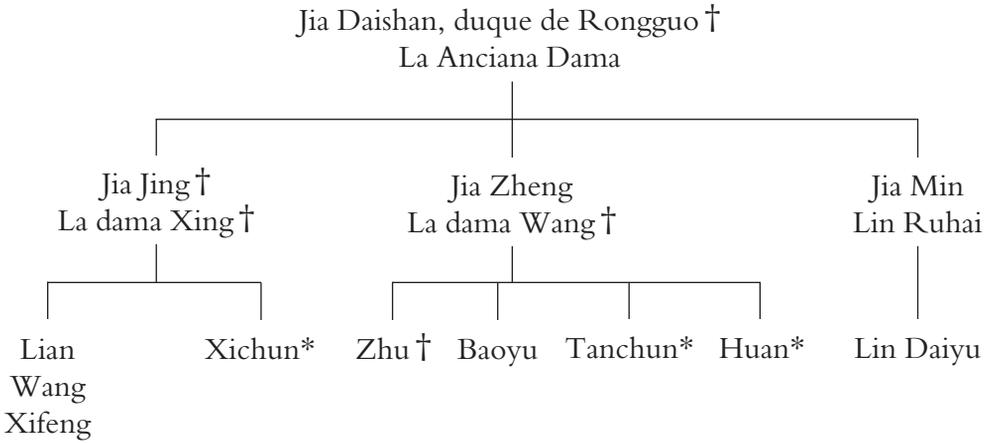
JINGUI, esposa de Pan.

FAMILIA ZHEN

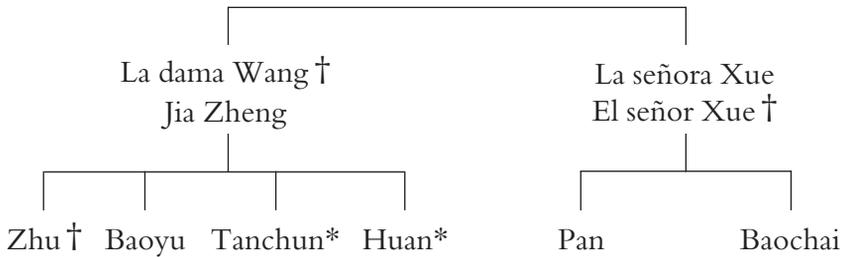
GANSO BLANCO, doncella de la dama Jia.

SHIYIN, su hermano.

Árbol genealógico de la familia Jia



Árbol genealógico de la familia Wang



* Hijo de una concubina

† Fallecido antes de comenzar la novela

PRIMERA PARTE



Quinto mes, 1721

En el jardín de los Cinco Sentidos
deja que el placer no conozca límites.

Inscripción en una tablilla del jardín
del palacio Rongguo

1

Lin Daiyu machaca huesos de albaricoque y semillas de sésamo negro en un mortero de mármol. Rebaña la medicina, la vierte en un bol de sopa de nido de golondrina y la remueve con una cuchara de porcelana. Lleva el bol a la cama de su madre, junto a la ventana. Incorporada sobre las almohadas, la señora Lin sorbe su dosis con una ligera mueca de disgusto. Daiyu observa cada trago, como si con su vigilancia pudiera de algún modo conseguir que la medicina funcionase.

La señora Lin vuelve a recostarse, agotada por el simple acto de beber.

—Daiyu —dice; su voz es un hilillo atiplado.

—Dime.

—Quiero enseñarte algo.

—¿De qué se trata?

—Ve y mira en el fondo de mi viejo baúl.

Daiyu se arrodilla ante el armario y abre el destartado baúl en el que la familia guarda la ropa de invierno. Rebusca bajo las pilas de gruesos pantalones con relleno y chaquetas acolchadas y encuentra un bulto plano envuelto en un paño brocado de color carmesí.

—Sí, eso es. Tráelo aquí.

Los delgados dedos de su madre forcejean con el nudo, y Daiyu se agacha para ayudarle. Dentro hay dos cajas planas. La señora Lin abre una que guarda un collar de oro rojizo con la forma de un dragón enroscado. La otra contiene una diadema adornada con fénix voladores dorados y una cadenita de perlas que sobresale de cada pico.

—Son parte de tu dote, ¿verdad?

La señora Lin parece no oír la pregunta.

—Ayúdame a levantarme —dice.

Daiyu se sube a la cama y recoloca las almohadas para que su madre pueda incorporarse. La señora Lin se pone la diadema sobre su cabello sin peinar.

—Tráeme un espejo.

A regañadientes, Daiyu alcanza uno que hay sobre el tocador. Apoyándose en los cojines, su madre ladea el diminuto espejo de mano de bronce una y otra vez, captando breves reflejos de sí misma sobre la superficie bruñida.

—En aquel tiempo era una damisela muy fina; lo miraba todo por encima del hombro. Fíjate, nunca había tocado, ni mucho menos vestido, telas como estas, hechas por tejedores comunes. —Sus dedos palpan el desgastado material color miel de su túnica—. Todo lo que vestíamos lo cosían los tejedores imperiales de Palacio. ¡Ni siquiera nuestras criadas se ponían estas cosas!

La madre de Daiyu se ríe un poco, como asombrada de la imagen de su propia juventud.

—En aquella época me encantaban las cosas bonitas, y mis padres me malcriaban dándome todo lo que yo quería. A mi hermano mayor, Jing, no le importaba, pero mi segundo hermano, Zheng, siempre se ponía celoso.

Daiyu se sienta a los pies de su madre, contemplando los cambios de expresión en su rostro.

—Recuerdo un Año Nuevo, cuando nuestro abuelo, el primer duque de Rongguo, aún vivía. Nos pidió que escribiéramos, según la tradición, acertijos en verso en los faroles. Cuando leyó lo que habíamos escrito los tres, dijo que era una pena que yo no hubiera nacido varón, porque seguro que habría traído la gloria para los Jia si se me hubiera permitido participar en los exámenes para el funcionariado.

Daiyu asiente. La señora Lin adoraba la poesía y enseñó a su hija las reglas del metro y la rima en cuanto aprendió a leer.

—Así las cosas, mi hermano Zheng tuvo que presentarse a los exámenes no sé cuántas veces hasta que aprobó. Tu padre los pasó

a la primera, por supuesto. Sin embargo, al final, a Zheng no le fue nada mal. —Daiyu advierte un tono sarcástico en la voz de su madre—. Subsecretario en el Ministerio de Obras Públicas. Zheng siempre fue muy laborioso.

—¿Y tu hermano mayor?

—Jing nunca aprobó. Lo único que hizo fue malgastar el dinero de nuestro padre en concubinas y apuestas. —La sonrisa nostálgica se borra del rostro de la señora Lin, y su gesto se torna sombrío. Devuelve el espejo a Daiyu y se quita la diadema de la cabeza—. Y ahora Zheng es el único de nosotros que sigue vivo, en el palacio Rongguo, con mi madre.

—¿Tengo primos allí? —pregunta Daiyu.

—Bueno, está el famoso Baoyu, por supuesto.

—¿Por qué es famoso?

—¿No te he hablado de él? —Las delicadas cejas de su madre se arquean en un gesto de sorpresa—. Es el hijo de mi hermano Zheng. Fue el que nació con el jade en la boca. Por eso tu abuela le puso de nombre Baoyu, que significa «jade precioso».

—¿Cómo puede nacer una persona con un jade en la boca?

—¿Quién sabe? —La señora Lin se encoge de hombros—. Solo sé que mi madre, tu abuela, cree que es un milagro, y lo mima hasta la exageración. La madre de Baoyu murió cuando él apenas tenía doce o trece años, y por lo que he oído se ha convertido en un niño raro y problemático. Se fuga de la escuela un día sí y otro también, y se pasa el día con sus primas rondando por los aposentos de las mujeres en lugar de estudiar.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Daiyu.

—Dieciocho, más que suficientes para presentarse a los exámenes. Tu otro primo, Lian, tiene más de veinticinco, pero hace años que perdieron la esperanza de que aprobara. Es el hijo de mi hermano mayor. De tal palo, tal astilla, supongo. No sé qué van a hacer los Jia para preservar su prestigio si no tienen más hijos que entren en el funcionariado. Si mi sobrino Baoyu no aprueba... —La señora Lin hace una pausa, tose y luego se recuesta en las almohadas con los ojos cerrados, intentando recobrar el aliento—. Ayúdame a tumbarme.

Daiyu se encarama a la cama y coloca con cuidado a su madre en posición horizontal. Le seca los labios.

Después de que su respiración se haya ralentizado, la señora Lin dice, todavía con los ojos cerrados:

—Tendrás que irte a vivir con ellos..., ya sabes..., después de que me muera.

—No vas a morirte —se apresura a decir Daiyu, pero incluso ella misma nota la falta de convicción en su voz.

—Sí que voy a hacerlo. Y cuando eso suceda, tendrás que irte con los Jia.

—Me quedaré con padre.

—No. Quiero que vayas a la Capital.

—¿Por qué? —Daiyu comienza a llorar.

—Allí podrás encontrar un buen partido, alguien que pertenezca a una familia importante. Los Jia se encargarán de ello.

—¿Y eso qué importa? —Daiyu sigue sollozando—. Tu matrimonio no fue de esos.

Aunque el padre de Daiyu proviene de una familia antigua y culta, era el único descendiente de un padre sin hermanos, y ahora solo los miembros lejanos del clan, a los que ella jamás ha conocido, siguen con vida.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí? —insiste Daiyu.

Su madre guarda silencio durante un rato largo y contempla el techo. Finalmente, dice:

—Cuando yo era joven, creía que nada importaba mientras estuviese junto a tu padre. Ahora, desde mi enfermedad, he comprendido lo duro que es no tener familia. —Sus ojos se dirigen hacia Daiyu, quien advierte que están llenos de lágrimas—. Me preocupa lo que te pueda suceder cuando yo no esté. No quiero que tengas que luchar como yo...

Sus palabras llenan a Daiyu de algo similar al pánico.

—Pero... has sido feliz con padre, ¿no?

La señora Lin no responde. Sus ojos pasan de Daiyu a la diadema que reposa sobre el tocador.

—No deberíamos haberte educado así.

—Así ¿cómo?

—Tan apartada de los demás. No has conocido a gente de tu edad o condición. —Vuelve a mirar a Daiyu, y sus ojos resultan casi desafiantes—. Bueno, tendrás que aprender a congeniar con otra gente en Rongguo. Deberás aprender a pensar antes de hablar. —Tiende la mano y Daiyu la toma; los dedos de su madre están muy fríos—. Aun así, no debes dejar que te intimiden. Eres lo bastante fuerte como para hacerles frente.

Daiyu quiere hacer más preguntas, pero su madre empieza a toser de nuevo. Esta vez lo hace con tanta fuerza y durante tanto tiempo que Daiyu corre a traer una escupidera. La señora Lin escupe una flema enrojecida con sangre. Cuando finalmente deja de toser, Daiyu no dice nada más; se limita a meterse a su lado en la cama. Advierte lo pequeña y frágil que se ha vuelto su madre en los últimos seis meses; sus miembros son como ramitas que salen de su cuerpo fuerte y cálido. Aun así, su mente se encoge solo de pensar en un futuro sin ella. Hunde su cara un poco más en la curva del cuello de su madre y aspira buscando el último aroma que queda de su piel, con el que aún no han podido la medicina ni la enfermedad.



Hacia el final de los cuarenta y nueve días de luto, un hombre extraño se presenta en el templo en el que Daiyu y su padre velan el ataúd de su madre. Como ellos, lleva una túnica de luto de cáñamo sin teñir. El padre de Daiyu mira al hombre sin reconocerlo. Luego se pone en pie de un salto, soltando una exclamación.

—¡Vaya sorpresa! Eres Zheng, ¿no es así?

—Ruhai, viejo amigo, ¡cuánto tiempo!

Daiyu se levanta del suelo, sorprendida ante la inesperada visita de su tío. Busca en su rostro preocupado y su figura achaparrada algo que le recuerde a su madre. El único parecido que puede encontrar son los ojos: una leve pesadez en los párpados que confiere a su tío el mismo aspecto soñador y ligeramente adormecido de su madre, y de la propia Daiyu.

El padre de Daiyu intenta inclinarse en un *koutou*, el saludo de respeto en el que se toca el suelo con la frente, pero su cuñado lo retiene agarrándolo por los codos.

—Partí en cuanto recibí su carta —dice Zheng—. ¿Cuándo murió?

—Hace más de un mes.

Los ojos de Zheng comienzan a humedecerse.

—Probablemente justo después de enviarme la carta. ¿Sufrió al final?

—No demasiado. Fue más rápido de lo que esperábamos.

Daiyu se gira para ocultar sus lágrimas. Su padre logra controlarse y estrecha la mano de su tío.

—Me alegro de que hayas venido. ¿Te quedarás el resto del duelo?

—Me temo que no puedo. Tengo unos asuntos que resolver en Nanjing. Mi barcaza me está esperando en el muelle.

—¿Vendrás a cenar al menos?

—Sí, por supuesto.

El resto del día, Zheng permanece en el templo con ellos, arrodillado ante la tablilla del espíritu. A lo largo de las últimas seis semanas, Daiyu y su padre han acudido al templo cada mañana, unidos por los rituales del duelo y los preparativos del funeral que marcan sus días. Ahora, la presencia del tío de Daiyu interrumpe esa compenetración silenciosa y hace que ella se sienta cohibida. Observa cómo su tío se limpia el torrente de lágrimas que cae de sus ojos; le resulta chocante que un extraño comparta su dolor.

Antes de la cena, su padre acompaña al tío Zheng a su barcaza. De regreso a la cocina, en su casa de la calle de la Calabaza, Daiyu se entretiene con sus tareas diarias. Prepara el fuego, lava el arroz y corta las verduras. El mango de madera del cuchillo, moldeado por años de uso, encaja sin esfuerzo en su mano, y sus ojos se tranquilizan ante la familiaridad de la estancia: los platos azules y blancos, la imagen desgastada del Dios de la cocina en la pared, el sonido de las voces de los vecinos que se cuele por la ventana abierta. Advierte que el cubo está casi vacío

y se dirige al pozo a sacar agua. Ha llovido a primera hora de la tarde, uno de esos chaparrones de finales de verano, y los puentes y canales de piedra están oscuros y sucios. El ambiente se ve tan cargado que parece que la más mínima perturbación podría traer de nuevo la lluvia. Los caminos se encuentran casi vacíos a esa hora del día, pero al otro lado del canal una mujer se encorva junto al agua con una cesta de ropas de invierno. El sonido apagado de la pala de madera golpeando la colada recuerda a Daiyu que, a pesar del calor, el verano está llegando a su fin.

Cuando regresa con sigilo a la cocina, escucha voces en la sala.

—Daiyu, ¿eres tú? —llama su padre.

Daiyu se sorprende al ver a dos mujeres altas y elegantemente vestidas cerca de la puerta principal. Recuerda las palabras de su madre acerca de que ni siquiera las criadas en Rongguo vestían sedas ordinarias.

—Quiero presentarte a ama Li y ama Ma —dice el tío Zheng mientras se levanta de su silla—. Cuidarán de ti en tu viaje hacia el norte.

—¿Al norte? —Daiyu menea la cabeza. Retrocede instintivamente, apartándose de las mujeres—. No voy a ir al norte.

—Min escribió diciendo que ibas a venir. En Rongguo todos están haciendo preparativos para tu llegada. —Zheng sonríe, agachando la cabeza y frotándose las manos—. Te gustará aquello. Tendrás muchas primas con las que jugar. Hay otra chica que vive con nosotros también, Baochai. Es la hija de la señora Xue, mi cuñada. Tiene dieciocho años, solo uno más que tú.

—Yo no juego —dice Daiyu, molesta por que le hable como a una niña.

Ignorando la interrupción, su tío continúa:

—Y Wang Xifeng, la esposa de tu primo Lian, cuidará de ti. Solo tiene veintitrés años, pero dirige la casa como un pequeño general.

Daiyu mira a su padre en busca de apoyo, pero, para su sorpresa, este asiente como si estuviera de acuerdo con Zheng.

—¡No pienso ir!

Susurrando una disculpa a Zheng, su padre la saca por la cocina a la escalera de atrás para que puedan hablar en privado.

—No puedo dejarte aquí solo —dice ella.

—Antes de morir, tu madre me hizo prometer que irías al norte para vivir con su familia.

Daiyu siente un arrebato de ira, como si sus padres hubieran estado conspirando en su contra.

—Pero ¿qué pasará contigo? No puedes quedarte aquí solo.

La imagen de su padre comiendo sin compañía cada tarde se impone a su propio dolor.

—Por supuesto que puedo. Le diré a nuestra vecina, la anciana Liu, que cocine y limpie para mí. Estaré bien.

—Pero...

—Debes irte. Es lo que deseaba tu madre.

Daiyu percibe la vehemencia en la voz de su padre. Lo mira bajo la luz que se filtra por los paneles de papel de la ventana de la cocina. Su rostro parece cansado y un tanto irritado. Está demasiado agotado como para discutir con ella.

—No es más que una visita —dice.

—¿Cuánto tiempo tengo que estar allí?

—Solo unos meses. Podrás regresar a tiempo para Año Nuevo.

Daiyu echa cuentas rápidamente. Ahora es el séptimo mes. Para estar de regreso en Año Nuevo, tendrá que partir de la Capital a finales del undécimo mes.

Así fue como se decidió que Daiyu viajaría al norte con la familia de su madre.

2

Wang Xifeng, la esposa de Jia Lian, abre los ojos. La luz grisácea del alba ya se filtra por las ventanas, y ella puede oír el canto de un tordo en algún punto del patio. Permanece tumbada, escuchando. Solo ahora, a primera hora de la mañana, cuando el palacio Rongguo está en silencio, le resulta posible oír el ruido de la calle desde allí, en los aposentos de las mujeres. Distingue el murmullo remoto del tráfico, los rebuznos de los asnos y el ruidoso cacareo de los gallos, todos los fascinantes sonidos de la ciudad que en tan contadas ocasiones puede percibir, enjaulada en los cuartos interiores con las otras mujeres de la familia Jia.

Lian sigue roncando a su lado; un hilillo de saliva le cae desde la comisura de la boca abierta hasta formar una mancha oscura y húmeda sobre la almohada carmesí. Con cautela, Xifeng levanta el brazo de su marido, extendido despreocupadamente sobre sus pechos desnudos, y se libera de su peso. Girando sobre sí misma, se baja del *kang*, la gran estructura de ladrillos sobre la que reposa el lecho, y busca a tientas sus zapatillas con los pies descalzos; siente la ligera viscosidad del semen de Lian entre sus piernas. Sus zapatillas no están en su sitio. Manteniendo el equilibrio sobre un pie en el suelo frío, alcanza una bata. Sale sin hacer ruido a la sala principal. Su doncella Ping'er ya está levantada, sentada en cuclillas ante la estufa para atizar el fuego.

—Tráeme agua templada—dice Xifeng, e indica la zona entre sus piernas con un gesto de disgusto—. Y encuéntrame las zapatillas, ¿quieres?

La sirvienta asiente mientras una expresión de piadosa comprensión se extiende por su cara de mejillas rosadas. Derrama un chorro de agua humeante de la tetera en una palangana, usa una calabaza hueca para añadir agua fría del cubo del pozo y le lleva la palangana a Xifeng. Le ofrece a su señora un paño y jabón, pero aparta la mirada mientras esta se pone en cuclillas sobre el agua y se lava. Una vez que se ha secado, la doncella le entrega las ropas que su ama ha dispuesto la noche anterior: la ropa interior de una seda tan fina que se pega a su piel húmeda, la enagua turquesa de crepé de seda importada con bordados de flores. Se abotona los alamares del ajustado corpiño de su vestido de brocado rojo, estampado con mariposas en hilo de oro en relieve. Aunque ha vestido prendas como esa toda su vida, todavía siente un escalofrío de placer bajo el peso del grueso damasco sobre su piel.

Luego se sienta frente a su tocador y Ping'er, como lleva haciendo desde que las dos eran niñas en el palacio de su familia, en Chang'an, comienza a peinarla. Cuando la prometieron en matrimonio a Lian, más de tres años atrás, su madre, preocupada por lo lejos que iba a vivir, envió a cuatro doncellas para que la acompañaran a la Capital. De ellas, solo quedaba Ping'er. Una enfermó y murió, y Xifeng casó a las otras dos en cuanto cumplieron veinte años. Al igual que ella, la doncella tiene veintitrés años, pero Xifeng preferiría cortarse un brazo antes que prescindir de su servicio.

Ping'er suelta el cabello de Xifeng del recogido con el que ha dormido. Luego lo reúne, como si fuera una madeja de seda, y comienza a peinarlo, tomándolo en su mano entre cada pasada del peine. Cuando finalmente las púas se deslizan por el cabello sin la menor resistencia, la doncella saca un puñado de pasadores.

—Hoy se entregan las pagas, ¿te has acordado? —pregunta Xifeng, mirando a Ping'er en el gran espejo montado sobre el tocador. Desde el mismo momento en que su suegra, la dama Xing, murió hace ya tres años, Xifeng se ha encargado de administrar la casa.

—Mmm —masculla la doncella. Se ha puesto los pasadores entre los labios y los va colocando uno a uno, mientras recoge el cabello de Xifeng en un moño. Indica con el mentón los paquetes envueltos en paño dispuestos en orden en una mesilla auxiliar, y Xifeng los cuenta para asegurarse de que están todos: dos grandes para los apartamentos del heredero de los Jia, Baoyu, y su abuela, la dama Jia; dos más pequeños para las Dos Primaveras; y luego tres más pequeños aún: uno para tía Zhao, la concubina de tío Zheng, y dos para Baochai, la hija de la familia Xue, y su madre, la señora Xue. La señora Xue es, por supuesto, lo bastante rica como para pagar los sueldos de sus sirvientas y las de su hija Baochai. Las pagas que reciben ellas, meramente simbólicas, tienen la finalidad de mostrar que están en Rongguo como invitadas de honor y, por lo tanto, se las considera como parte de la casa.

—Encárgate de que las pagas se entreguen esta mañana —dice Xifeng—. Y ¿te has enterado? Anoche vino un mensajero del tío Zheng. Su embarcación se encuentra a solo veinte *li* de la Capital. Él y la señorita Daiyu estarán aquí esta tarde. Ten una habitación preparada.

—¿Cuál?

—¿Qué tal ese pequeño cuarto detrás de los aposentos de la dama Jia?

Xifeng reclina la espalda y se mira en el espejo. Prende un tirabuzón suelto con un alfiler con forma de martín pescador azul turquesa y luego toma la caja de marfil tallado donde guarda la crema facial. Con dedos expertos, la extiende por su rostro, esmerándose en los párpados y los pliegues bajo la nariz, antes de empolvarse toda la cara con una fina capa de polvos con aroma de jazmín. Después estira el extremo de su párpado con el dedo índice izquierdo y comienza a pintarse la raya del ojo con pinceladas firmes y seguras. Es consciente de que la forma de sus ojos, más que cualquier otro rasgo, es lo que distingue su rostro y le confiere su fama de mujer hermosa. Son redondeados en el extremo interior, pero alargados y afilados cerca de las sienes; como una lágrima, o un renacuajo: «ojos de fénix», los llaman. Ahora que

ya es una matrona y se le permite llevar maquillaje pesado, ella acentúa su forma y se los pinta atrevidamente con kohl, extendiendo sus ángulos externos en largas puntas que llegan casi hasta las sienas.

La doncella reaparece tras ella. Sostiene una taza humeante de la medicina que el doctor Wang recetó a Xifeng para ayudarle a concebir.

–Pero si solo hace una semana que he tenido el periodo.

–No le hará daño empezar a tomarla pronto, sobre todo ya que usted y él..., ya sabe..., anoche.

–Oh, está bien.

Xifeng comienza a sorberla. Cuando se ha bebido la mitad, el reloj de pared suena seis veces. El desayuno se sirve a las siete, pero si la mesa no está lista para cuando la Anciana Dama salga de su dormitorio, le echarán la culpa a Xifeng. Apura el resto del amargo brebaje de un trago y corre hacia la puerta.

–Espere. Coma un poco –dice Ping’er, interceptándola con un tazón de gachas de arroz–. No quemar.

–No tengo tiempo –dice Xifeng, y lo aparta con un gesto de la mano.

La doncella le corta el paso.

–El doctor Wang dijo que debe usted cuidarse más. No puede pasarse horas con el estómago vacío. No me extraña que perdiera el bebé la última vez...

Para evitar que la doncella siga hablando, Xifeng agarra la taza. Un gemido somnoliento se oye en el dormitorio. Lian debe de estar despertándose.

–Iré a ver qué quiere –se ofrece la doncella, apresurándose por el vestíbulo.

Después de tomar medio tazón, Xifeng se fija en que ningún sonido sale del dormitorio. Aunque sabe que debería ir a ver a la dama Jia, se cuela con sigilo por el vestíbulo y corre la cortina que hace de puerta. La doncella está en pie al lado de Lian, que sigue tumbado cerca del borde del *kang*. Su marido sonrío y estira un brazo vigoroso y moreno para agarrarla de la mano, como si quisiera atraerla hacia la cama. Ping’er se sonroja y se

aparta, con una risita nerviosa. Xifeng repara de repente en lo hermosa que es su doncella, con esa coleta lustrosa y negra que cae por su espalda, su piel clara resaltada por su túnica de color albaricoque.

—Disculpad que os interrumpa —dice Xifeng con una voz crispada que apenas puede reconocer como propia.

Lian y Ping'er se separan bruscamente; la doncella le muestra un rostro afligido a su dueña.

—Las cochinas que te traigas entre manos cuando yo no estoy no son asunto mío —le dice a Ping'er—. Pero deberías tener cuidado, o este te pegará alguna enfermedad asquerosa que haya agarrado en cualquier prostíbulo.

—¡Cállate! —ordena Lian amenazante, pero, por supuesto, no se le ocurre ninguna réplica. ¿Qué podría decir? A fin de cuentas, lo que ella dice es cierto. Tres meses después de su boda, Lian empezó a pasar noches enteras fuera de casa.

Lian se levanta de la cama alzando la mano. Aunque nunca le ha pegado, Xifeng retrocede instintivamente hacia la puerta. Luego él deja caer el brazo, con aspecto sombrío y derrotado.

—No es lo que... —comienza a decir.

—No quiero oírlo —dice Xifeng, y luego da media vuelta para ir a ver a la dama Jia.

3

—¿Qué le parece? —pregunta Oriole.

Baochai, la hija de la señora Xue, la cuñada viuda de Zheng, mira su reflejo en el gran espejo, intentando ocultar su desagrado. Oriole le había asegurado que un peinado a la última le favorecería mucho más, pero los dos pesados moños a ambos lados de la cabeza hacen que su rostro parezca más ancho y plano que nunca. Sus ojos pequeños y de párpados sencillos, carentes de cualquier expresividad, la contemplan desde el espejo. Aparta la vista de su reflejo.

—¿No le gusta? —pregunta la doncella—. También puedo peinar el flequillo hacia arriba y...

—Hazlo como siempre. Tengo prisa. Mi madre tenía migrañas anoche y debo ir a ver cómo está —dice Baochai con brusquedad.

Espera con impaciencia mientras Oriole rehace su pelo. Siempre sucede lo mismo cada vez que prueba un vestido o peinado nuevo. La transformación prometida nunca llega, y ella se ve forzada, una vez más, a afrontar el desengaño de su aspecto: la extensión plana e insípida de su cara, la figura robusta, casi de matrona... Y eso que todavía no ha cumplido diecinueve años.

Cuando Oriole termina, Baochai sale apresuradamente de sus aposentos y cruza el jardín para ver a su madre. Igual que Baoyu, el heredero de la familia Jia, y que sus primas solteras en Rongguo, Baochai vive en una de las dependencias que rodean el lago del jardín, mientras que las matronas —su madre, la Anciana Dama, Xifeng— ocupan viviendas más imponentes y formales en

la parte delantera de los cuartos interiores. Bordeando la orilla inferior del lago, recorre el camino hasta los aposentos de su madre y se dirige directamente al dormitorio. Encuentra a la señora Xue sentada al tocador mientras Puesta de Sol, su doncella, la peina. Su madre tiene unas grandes bolsas bajo los ojos.

—¿No te encuentras mejor? —pregunta Baochai.

La señora Xue sacude la cabeza, llevándose una mano a la sien.

—He pasado una mala noche. No encuentro mis pastillas. ¿Sabes dónde las he puesto?

—Quizá las olvidaste en los aposentos de la Anciana Dama cuando cenaste allí anoche. ¿Quieres que vaya a ver?

Baochai se dirige apresuradamente al apartamento principal de los cuartos interiores, ocupado por la dama Jia. Cuando atraviesa el pequeño recibidor y entra en el gran patio, ve a Jia Huan molestando con una pajita a una cacatúa de una de las jaulas que cuelgan a lo largo de la galería. Ella intenta pasar inadvertida. Huan es el medio hermano de Baoyu que tío Zheng tuvo con su concubina tía Zhao. Aunque ya casi ha cumplido diecisiete años, Huan no ha superado su debilidad por torturar a su hermana y a sus primas.

El muchacho se percata de su presencia y pregunta:

—¿Qué haces por aquí tan temprano?

—He venido a buscar las pastillas de mi madre. ¿Por qué no me ayudas?

Él entra tras Baochai en la sala principal de la Anciana Dama, vacía a esas horas. Ella se sube al *kang* y rebusca bajo almohadas y cojines.

Un instante después, Huan, al otro lado del *kang*, le enseña una bolsita de cordones bordada.

—¿Es esto?

—Sí —dice ella, aliviada. Se acerca a gatas, extendiendo la mano—. Gracias.

—¿Qué me darás a cambio? —pregunta él, y se guarda la bolsa tras la espalda.

La joven detesta que Huan siempre intente aprovecharse de las debilidades ajenas. Observa el mentón hundido del muchacho y sus ojos de roedor, tan distintos de los de Baoyu. Está empezando a enervarse, pero dice con cortesía:

–Por favor, Huan. Mi madre tiene migrañas.

–Más motivo para que aceptes darme algo a cambio.

–Vamos, Huan –insiste ella, más brusca.

Baochai siempre hace un esfuerzo especial por ser amable con él, por mostrar que no le echa en cara sus orígenes, pero hoy no tiene paciencia para sus bromas.

Baoyu, el hijo de Zheng, entra con su andar ligero. Huan intenta ocultar la bolsa en su manga.

Comprendiendo la situación de un solo vistazo, Baoyu extiende la mano y dice:

–Dámelo a mí, Huan.

–¿Por qué tendría que hacerlo?

–Porque si no lo haces, te obligaré.

Baoyu probablemente le saca seis o siete *jins* a Huan, y es tan ágil como torpe Huan.

Tras un instante, su hermanastro lanza la bolsa a Baoyu y abandona la estancia con un gesto altanero.

Baochai intenta ocultar el torrente de placer que la invade por el hecho de quedarse a solas con Baoyu. Se fija en que, al contrario que Huan, viste ropas de estar por casa: una bata azul un poco desgastada y unas sandalias rojas de suela gruesa en lugar de botas.

–¿Hoy no vas a la escuela? –pregunta ella.

–Le pedí a la Anciana Dama que me dejara quedarme en casa para poder dar la bienvenida a nuestra nueva prima.

–Huan sí que va a ir.

Baoyu la mira con una expresión que dice claramente que si Huan es tan estúpido como para no ser capaz de librarse de la escuela, no es culpa suya. Se sube al *kang* para darle la bolsa.

–Gracias.

Baochai estira la mano, pero justo cuando está a punto de alcanzar la bolsa, él se la lleva a la espalda.

—¡No empieces tú ahora! —dice la joven entre risas.

Los brillantes ojos negros de Baoyu están encendidos de malicia.

Baochai se lanza sobre él. Con rapidez, Baoyu cambia la bolsa a la otra mano. Ella intenta agarrarla desde el otro lado y él vuelve a cambiarla. Durante el forcejeo por hacerse con la bolsa, a veces ella roza una mano o el hombro con el pecho del muchacho. Ese tipo de contacto, incluso entre primos, es muy indecoroso. Baochai mira nerviosa hacia la puerta para asegurarse de que no viene nadie. Se abalanza de nuevo, riéndose y sin aliento, cada vez con más frenesí. Finalmente, en lugar de esquivarla, Baoyu deja que se choque de pleno contra su pecho y la rodea con sus brazos.

La joven no puede respirar. Nota un rubor ardiente que sube por su cara y baja la mirada. Siente los brazos de su primo a su alrededor, su pecho contra el suyo. Sabe que debería apartarlo de un empujón. Lo conoce desde que ella y su madre iban de visita desde Nanjing cuando era pequeña. Pero cuando ella y su madre se mudaron definitivamente a la Capital, el año anterior, Baoyu ya no era el chico travieso de ojos brillantes que ella recordaba. Se había vuelto tan guapo que le hacía perder el aliento.

—Suéltame —protesta, pero él la aprieta más fuerte—. Dame la bolsa.

Alza la vista hacia Baoyu con timidez. Su rostro, con esos ojos intensos y sonrientes, apenas está a unos centímetros del suyo.

—¿Qué me darás a cambio? —susurra Baoyu.

—¡Eres igual de malo que Huan!

—¿Qué me darás a cambio? —repite.

—Nada —responde la joven con un susurro.

Baoyu la aprieta más fuerte y baja la cabeza. ¿Va a besarla?

Se oye ruido de pasos por la galería, al otro lado de la cortina. Se separan dando un respingo.

Entra Xifeng, y Baochai advierte en sus ojos brillantes y burlescos que ha adivinado —si no visto— lo que estaba sucediendo.

—Vaya, Baoyu, ¿qué estabas haciendo para que tu prima se sonroje de ese modo? —dice Xifeng, a la vez que se agacha para abrir el pesado *tansu* del rincón. Empieza a sacar los cucharones de plata y los fardos de palillos de marfil para servir el desayuno. La joven Baochai siempre ha temido la lengua afilada de Xifeng, conocida en toda la casa. Hoy, además, capta un tono de malicia especial.

Por fin, el muchacho le devuelve la bolsa a Baochai. Sin atreverse a mirarlo en presencia de Xifeng, la joven se marcha precipitadamente. Está a medio camino de los aposentos de su madre e intenta recuperar la compostura. Más allá de la vergüenza debida a que Xifeng la haya pillado en tal aprieto, siente una euforia desconocida. Baoyu siempre ha sido simpático y encantador con ella, pero esta ha sido la primera vez que ha mostrado que podría sentir algo más que el afecto propio entre primos. Nota que vuelve a sonrojarse al recordar cómo la ha estrechado y mirado. Cuando Baochai era un bebé, su madre bromeaba con su hermana, la madre de Baoyu, y decía que deberían concertar un matrimonio entre Baochai y Baoyu, que era solo seis meses más joven que ella. Cada vez que Baochai escuchaba esa historia se deleitaba en secreto y esperaba que se hiciera realidad. Sin embargo, aunque es consciente de que su linaje y fortuna la convierten en un excelente partido, nunca ha osado albergar la esperanza de poder atraer la atención del heredero Baoyu.

Cuando entra en la habitación de su madre con las pastillas, se detiene en seco al ver a su hermano mayor, Xue Pan, repantingado al borde del *kang*.

—¿Qué ocurre? —pregunta Baochai, dirigiendo muy despacio la mirada primero hacia su madre, cuyo peinado está todavía a medio hacer, y luego hacia su hermano, que parece azorado.

Su madre rechaza las pastillas, sin dejar de observar a Pan.

—Adelante. Cuéntale a tu hermana el lío en el que nos has metido esta vez.

—Mamá, no. No es para tanto... —protesta Pan.

Baochai lo interrumpe:

—Deja que mamá se tome una de sus pastillas antes de que sigamos hablando.

Mientras la señora Xue se traga la medicina, Baochai recupera la compostura.

—Vamos, ¿por qué no me cuentas lo que ha pasado, Pan?

—Hace dos días compré a una chica muy bonita, de apenas dieciséis años, en el mercado de esclavos. Pagué trescientos taelles, y ordené que la enviaran a mi casa esa misma noche. —A medida que habla, Pan comienza a adoptar un tono ofendido—. Solo una hora más tarde, un hombre llamado Zhang Hua se presentó asegurando que él ya la había comprado antes y que no se la había llevado a casa porque estaba preparando una boda para el día siguiente. Hubo una pelea. —Evitando la mirada de Baochai, Pan admite que Zhang recibió una buena tunda—. Y ahora, esta mañana a primera hora, la familia de Zhang ha acudido al magistrado para pedir que abran diligencias por asalto con agresión.

—¿Le hiciste mucho daño?

—Te he dicho que no fui yo. Fueron los pajes.

—Aun así, estaban bajo tus órdenes. ¿Le hicisteis mucho daño?

Pan baja la vista.

—Le saltaron dos dientes, y creo que puede tener un brazo roto...

Baochai pierde la compostura.

—¡Un brazo roto! ¿Cómo puedes estar ahí diciéndome...? —No termina la frase y respira hondo—. Tienes que enviar a la chica a casa de Zhang...

—¿Qué quiere él de ella? Está herido. Ni siquiera he tenido oportunidad de tocarla...

—Mucho mejor. ¿No comprendes que tienes que demostrar que te arrepientes de lo sucedido?

—Pero no quiero renunciar a ella.

—¡Puedes encontrar a otra chica fácilmente! No merece la pena tener tantos problemas por encapricharte con esta.

—Me quedaré a la chica y le daré dinero.

—Ya es tarde para eso. Han acudido al magistrado; si abren diligencias, ¡podrías acabar en la cárcel en cualquier momento!

Pan parece asustado, como si no se le hubiera ocurrido.

—De acuerdo —dice enfurruñado.

—Y además —continúa su hermana—, tienes que enviarle dinero, diciendo que es para los gastos médicos de Zhang. A todo esto, ¿qué clase de hombre es?

—Es hijo de un pequeño terrateniente, creo.

Pan lo dice con desdén, pero su hermana se alarma. Como terrateniente, es posible que Zhang tenga estudios y posea recursos financieros importantes.

—Si se trata de gente culta, no podemos intentar engatusarlos con una cantidad simbólica y esperar que se conformen. —Mira a su madre, mordiéndose el labio—. ¿Cuánto deberíamos mandarles, entonces? ¿Trescientos?

Su madre reflexiona durante un momento, luego asiente.

—No podemos permitirnos no ser generosos.

—Que sean cuatrocientos, para estar seguros. —Baochai se vuelve hacia su hermano—. Vete a casa y ocúpate de esto ahora mismo. No quiero volver a verte hasta que hayas devuelto a la chica y enviado el dinero.

Pan parece escarmentado y un poco asustado, como si por fin hubiera comprendido la gravedad del asunto. Cuando se marcha, Baochai siente la mirada de su madre fija en ella, pero ninguna de las dos dice nada. Están demasiado acostumbradas al carácter impulsivo y al temperamento incontrolable de Pan. Desde que lo expulsaron de la escuela a los diez años debido a una pelea, un tutor lo educa en casa. Era tan torpe para los estudios que, a pesar de todas las palizas que le propinaba su padre, nunca hubo ninguna esperanza de que aprobara los exámenes. Siete años después, cuando el señor Xue murió y Pan heredó su cargo de proveedor de la corte imperial, se dio a la bebida, a las peleas de gallos, al juego y a perseguir mujeres, sin pensar para nada en el futuro. De hecho, fueron las salvajadas de su hijo Pan las que obligaron a los Xue a marcharse de Nanjing año y medio atrás y viajar al norte para refugiarse junto a la familia Jia,

quienes a fin de cuentas solo eran parientes por matrimonio. A pesar de todo, Baochai tenía a su hermano por alguien alocado y carente de autocontrol, pero nunca violento.

La señora Xue, rompiendo el silencio, parece poner palabras a los pensamientos de su hija:

—No sé por qué, pero nunca pensé que Pan acabaría haciendo daño a alguien.

De repente, a Baochai le sorprende ver lo mayor que parece su madre.

—Tal vez se dejó llevar —dice, intentando quitarle peso al asunto.

—Siempre se deja llevar. Pero puede que hasta él sienta que ha ido demasiado lejos esta vez y, por fin, aprenda una lección.

La señora Xue se interrumpe cuando Ganso Blanco, la doncella personal de la dama Jia, entra en la estancia.

—La dama Jia me envía para anunciarles que se va a servir el desayuno.

—Oh, sí. Ahora mismo vamos.

Baochai ayuda a su madre a incorporarse. Con una gran sonrisa, trata de ocultar su preocupación ante la posibilidad de que Ganso Blanco haya escuchado su conversación.